

NOTA EDITORIAL

La acusación de que el Partido Popular se resiste a aceptar la legitimidad de los resultados de las elecciones de 2004 cuando se opone a la política del Gobierno encubre en realidad una pretensión de hiperlegitimidad por parte del Ejecutivo socialista, el error de creer que ocupa una posición excepcional y superior a cuantos Gobiernos lo han precedido que lo facultaría para actuar como si la discrepancia fuera una anomalía del sistema y el deseo de la oposición de ganar las próximas elecciones revelara una maquinación cercana al golpismo.

El sistema de 1978 se fundamenta en el arrepentimiento por la Guerra Civil y sus efectos y no en el homenaje a quienes la hicieron; equivocadamente, el Gobierno supone que ha existido un homenaje de la derecha y pretende que ahora lo rinda “también” la izquierda, y aquí se encuentra la más grave novedad de la política de Zapatero y su capacidad destructiva de los consensos fundamentales de la sociedad española. A esa novedad y a las políticas que origina es a lo que se opone el Partido Popular, a un modo de mirar la política española desconfiado e incrédulo sobre la verdadera naturaleza de lo acontecido desde 1977 (fecha en que la UE acreditó sin dudas la naturaleza plenamente democrática de las elecciones españolas), que impregna las principales actividades del Gobierno, su lenguaje y su visión del futuro de España: política territorial, política exterior, economía, educación, etc., manifiestan invariablemente que el Gobierno cree que el sistema no es neutral sino que favorece y homenajea a la derecha y al centralismo (lo que sólo puede causar estupor a la vista de que han sido la izquierda y los nacionalistas los que durante más tiempo y con más poder han gobernado en España), y que hacerle oposición es desafiar su legitimidad.

En este contexto se ha de situar también la nueva política sobre ETA que patrocina Zapatero pese a los numerosos datos que le indican que ha iniciado un camino que sólo conduce a la erosión de la posición de los demócratas y a la consolidación de los terroristas. La precariedad de la situación del Presidente del Gobierno después de los asesinatos cometidos por ETA en el aeropuerto de Barajas motivó que el PSOE pusiera en circulación la absurda idea de que el acto de decir no a lo que ETA pretendía del Gobierno de Aznar equivale al acto de implorar a ETA un sí a lo que el Gobierno de Zapatero le ofrece. Lo que el Gobierno socialista afirma es que negarse y ofrecerse son actos idénticos porque en ambos se constata una comunicación (una negociación) con aquel a quien se dijo no y a quien se pide un sí.

La moderación que hizo posible el sistema de 1978 (es decir, el que dio origen al actual sistema de 2007) nació de la memoria crítica y de la contrición, y en ellas debemos perseverar si recordamos honestamente la tragedia de nuestra Guerra Civil. Ese gesto ejemplar de mostrar arrepentimiento por la obra de uno mismo o por la de los seres próximos y de buscar activamente la reconciliación, constituye el núcleo moral del sistema que ha hecho posible una España verdaderamente en paz, próspera y libre salvo cuando el terrorismo lo ha impedido.

Si alguien ejemplifica lo opuesto al arrepentimiento ése es Ignacio de Juana Chaos, y que el Gobierno haya dado valor político a la incapacidad para la contrición, e incluso la haya invocado como modelo deseable para la juventud vasca, constituye una tragedia cuyos efectos difícilmente pueden ser exagerados. Efectos equivalentes a los que tendrá el hecho de que se haya fijado legalmente como canon para contemplar nuestra historia la elección de un bando para rendirle homenaje, en lugar del arrepentimiento colectivo que deje a salvo el tributo público selectivo y los vínculos privados.

El escenario deseado por el Gobierno está claro: una transformación profunda del sistema hacia el cantonalismo y hacia la izquierda que la oposición debe aceptar en silencio si no quiere ser acusada de neofranquista. En realidad, una degeneración desde un momento excelso de nuestra his-

toria hasta otro que estará marcado por la ignorancia y por la acusación contra la izquierda que supo colaborar a hacer la Transición. Ésta, a ojos del nuevo socialismo español, no fue mejor por facilitar el consenso, sino débil, colaboracionista y carente de memoria. Memoria que en realidad estuvo plenamente presente durante el proceso constituyente y en buena medida explica la rotundidad de su éxito, su utilidad para los españoles.

Se trata de una deriva que quizás ya sólo pueda parar la izquierda capaz de mostrar arrepentimiento y de aprender de su historia.